

ciudad el Ospedale Franco (1). Tres generaciones después fundó un mozo de cuerda florentino (facchino) la célebre hermandad, consagrada á María como Madre de Misericordia, que comúnmente se llama sólo la Misericordia, cuyos miembros debían buscar por las calles á los enfermos y heridos para llevarlos al hospital, y enterrar á los muertos. En 1325, los miembros de la Misericordia alcanzaron grandes merecimientos con ocasión de la peste, y desde entonces fueron también admitidas en la hermandad personas de diferentes estados. Por efecto de la unión verificada en 1425, de la Misericordia con la Compagnia di Santa Maria di Bigallo, que no estaba obligada á obras de caridad, decayó la primera; pero en 1475 volvió á revivir, y en 1494 adquirió extraordinarios méritos durante la peste (2).

La conmovedora palabra de los predicadores de penitencia, ó el azote de la peste, fueron muchas veces ocasión de que en el siglo xv se continuaran añadiendo todavía á las existentes nuevas asociaciones de este género. Así se formó en Venecia, en 1415 (3), la hermandad de San Roque, la cual desplegó una actividad por extremo beneficiosa en las repetidas invasiones de la epidemia. Los más ricos ciudadanos, algunos nobles, y aun varios Dogos, pertenecieron á ella; por efecto de lo cual, la hermandad pudo disponer de tan grandes recursos, que fuera del obligatorio cuidado de los enfermos y pobres, se halló en situación de favorecer también á las artes, como ya hemos dicho. Muchos eran al mismo tiempo miembros de varias hermandades (4).

(1) Los estatutos de esta cofradía han sido publicados recientemente por Pinzi (*Gli ospizi medioevali e l'ospedale grande di Viterbo* V [1893]. Este hallazgo destruye la opinión de Muratori (*Antiquit. Italiae* Diss. 75) sobre la época en que tuvieron origen las cofradías.

(2) Cf. P. Landini, *Istoria della arciconfrat. di S. Maria della Misericordia*. Firenze 1843 e Livorno 1871 (edición antigua de 1779). C. Bianchi, *la compagnia della Misericordia*. Firenze 1855. *Hist.-pol. Bl.* VIII, 395 s. *Dublin Review* 114 (1894), 333 ss.

(3) Sobre la organización corporativa é importancia de las Scuole de Venecia, cf. Sansovino, Venecia 99 s.

(4) \*Testamento de 17 de Noviembre de 1489: Lena relicta Barth. de Monte: Item dimitto tribus scolis de quibus ego sum videlicet S. Petri Martiris de Muriano, S. Francisci a Vinea et S. Mariae Claudorum et Cecorum soldos 40 parvor. pro quolibet eorum (*Atti Ant. Graselli* b. 508 n. 95). 18 de Noviembre de 1489: Barthol. q. Dominici de Pergamo velutarius: Item dimitto duc. 2 auri scholae S. Mariae servorum de qua ego sum... Item scholae magnae S. Rochi de qua ego sum... (l. c. n. 25). *Archivo público de Venecia*.

Cuando en el año de 1448 se encruceció la peste en Roma, el penitenciario alemán que había entonces en San Pedro fundó para sus compatriotas la hermandad de la Madre Dolorosa, que existe todavía (1). Asimismo se ha conservado hasta nuestros días la famosa asociación de ciudadanos, establecida en 1441 por San Antonino, de los Buonomini di S. Martino, la cual tiene por objeto hallar y socorrer á los pobres vergonzantes. Ya al poco tiempo atendía aquella hermandad á 600 familias; y no contento con esto, visitaba San Antonino personalmente los más apartados barrios de la ciudad en busca de menesterosos, llevando á todas partes por sí mismo el socorro y el consuelo. Lo propio se refiere de San Lorenzo Giustiniani, patriarca de Venecia (2). También el bienaventurado Bernardino de Feltre fundó en Vicenza, especialmente para auxilio de nobles empobrecidos, y en general de pobres vergonzantes, dos establecimientos que han sido, durante siglos enteros, manantial de bendiciones (3).

En Roma fundó, en 1460, el sabio cardenal Torquemada, la hermandad de la Anunciación de la Virgen, con una capilla propia en Santa María sopra Minerva. El fin de esta asociación era procurar dote á las doncellas pobres (4). También en otras ciudades italianas nacieron en el siglo xv varias asociaciones para esta misma hermosa obra de caridad, en la que se juntaba la delicada nobleza de sentimientos, con la prudencia cristiana. Así se formó en Parma, en 1493, una hermandad para posibilitar el matrimonio á doncellas pobres y virtuosas y jóvenes varones (5).

Particularmente abundaban las hermandades en Florencia y Roma. En la ciudad del Arno el número de asociaciones seculares ó compañías, establecidas para ejercicios espirituales, ascendía, á principios del siglo xvi, á 73. Había hermandades, no sólo para los adultos, sino también para los niños; tan íntimamente estaba enlazada la vida doméstica con la religiosa. Estas congregaciones de niños se reunían todos los domingos y días festivos para asistir

(1) Cf. nuestras indicaciones, en el tom. I.

(2) Ratzinger, *Armenpflege* 376. Cf. también Skaife 186 y especialmente N. Martelli, *I buonomini di S. Martino* (impreso aparte de la *Rassegna naz.*), Firenze 1884. V. también *Correspondant*, 1889, Juillet 396, y Guasti en la *Rosa d'ogni mese*, *Calendario florentino* 1864.

(3) *Acta Sanct.* Sept. VII, 869.

(4) Cf. nuestras indicaciones I<sup>o</sup>, 297.

(5) Kobler, *Kath. Leben* II, 839.



á vísperas. Entre las asociaciones fundadas para hombres, había algunas que no excluían las recreaciones honestas; otras se consagraban exclusivamente á fines caritativos y otras, á su vez, á rigurosos ejercicios de penitencia. Una hermandad especial tenía cuidado de preparar religiosamente y enterrar á los criminales condenados á muerte (1).

De la difusión y abundancia de estas hermandades, da exacta idea la noticia del desenvolvimiento de las mismas en Roma, capital del mundo cristiano. La más eminente de aquellas asociaciones, que más tarde se elevaron á archiconfradías, era la Archiconfraternità del Gonfalone, que todavía existe actualmente. En su origen esta asociación, fundada en 1264 por doce personas nobles que se juntaban primero en Santa María la Mayor y luego en Santa Lucia della Chiavica, se llamó Compagnia de' Raccomandati di Madonna Santa Maria. Inocencio VIII le dió, por la bandera que llevaban en la procesión, el nombre del Gonfalone, y unió con ella otras cinco hermandades. También Alejandro VI favoreció la cofradía del Gonfalone, que, además de los ejercicios de devoción, perseguía fines caritativos (2); lo cual hacían asimismo las más de las otras hermandades.

Hasta los tiempos de Inocencio III se remonta la hermandad del Espíritu Santo, la cual recibió nuevo impulso por haber entrado en ella los papas Eugenio IV y Sixto IV. Muchos cardenales y casi todas las personas de la Corte pontificia, pertenecieron, en el reinado de los mencionados papas, á esta asociación, y ya en el siglo xv era costumbre, que también los príncipes extranjeros que visitaban la Ciudad eterna, se inscribieran en el libro de la hermandad del Espíritu Santo; el cual, por este camino, vino á convertirse en una colección de autógrafos, única en su clase (3).

No menos famosa fué la cofradía de S. Salvatore, la primera elevada á archiconfraternità; la cual consagraba particular culto á la antiquísima imagen del Salvador de la capilla Sancta Sanctorum, que en la fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima es

(1) Varchi, Storia Fiorentina I (Milano 1845), 393-394. Reumont, Lorenzo II, 317 s. Skaife 186. D'Ancona I, 405 s.

(2) Cf. la interesante monografía de Ruggeri, L'archiconfraternità del Gonfalone (Roma 1866), donde, 49 s., trae el autor las ordenaciones de Inocencio VIII, copiadas del archivo de la cofradía.

(3) Cf. lo que dijimos en el tomo I y II, tomado del *Archivo de S. Spirito*.

llevada en procesión solemne por el Foro hacia Santa María la Mayor, desde donde le salen al encuentro con la milagrosa imagen de la Virgen que allí se venera (1). Del siglo xiii procede la cofradía de los Siete Dolores de la Virgen en San Marcello; del xiv las hermandades de Santa María del Popolo, de San Bernardo y Santa Ana de' Parafrenieri.

Por extremo copiosas son, en el siglo xv, las nuevas asociaciones de la forma descrita. En tiempo de Eugenio IV nació la cofradía de San Bernardo alla Colonna Trajana; y en el de Pío II la hermandad de sacerdotes de Santa Lucía de' Ginnasi, renovada por Julio II; además pertenece al pontificado del Papa sienés la ya mencionada fundación del cardenal Torquemada. En tiempo de Paulo II se formaron las hermandades de la Inmaculada Concepción en San Lorenzo in Dámaso, y la de San Ambrosio (2). En 1488, en el pontificado de Inocencio VIII, fundaron algunos devotos florentinos, en San Juan Decollato, la Confraternità della Misericordia, con el plausible fin de atender al consuelo espiritual y á la sepultura de los condenados á muerte. Esta hermandad, confirmada por el Papa en 1490, y dotada de varios privilegios, tenía un propio capellán; y luego que un criminal era condenado á muerte, acudían dos de sus miembros para prepararle á la confesión general y á la sagrada comunión. Toda la hermandad, llevando delante una cruz cubierta de negro, acompañaba al condenado, cantando salmos, al lugar de la ejecución, para enterrar luego el cadáver en su cementerio. El vestido de los asociados era negro, y en la capucha llevaban, en memoria de su santo patrono, una imagen de la cabeza de San Juan Bautista (3).

En el año de 1490 confirmó Alejandro VI la confraternità de S. Rocco y la de S. Martino al Porto di Ripetta. Esta asociación, que á poco se edificó una iglesia y un hospital, atendía principalmente á los pobres barqueros y bodegoneros de aquella parte de la ciudad; León X les concedió particulares indulgencias.

(1) Cf. Piazza 361 s. B. Millino, Dell' oratorio in S. Lorenzo del Laterano detto Sancta Sanctorum. Roma 1666. G. Marangoni, Istoria dell' antichissimo oratorio... appellato Sancta Sanctorum. Roma 1747.

(2) Piazza 556 s., 347 s., 523 s., 514 s., 510 s., 484 s., 429 s., 423 s. y Moroni II, 295 ss.

(3) Bull. V, 343 ss. Piazza 502 ss. Toniolo en la revista «Charitas» 1898, n. 9, menciona una asociación para socorro de los presos, fundada en Milán, en 1466.



Asimismo se remonta á la época de Alejandro VI el origen de la archicofradía, que floreció muy pronto con gran esplendor, del Santo Sacramento y de las Cinco Llagas de Jesucristo. Sus miembros acompañaban en solemne procesión al Santísimo cuando era llevado á los enfermos y moribundos. Tenían una capilla propia en San Lorenzo in Dámaso, la cual adornaron luego magníficamente. Fué particular favorecedor de esta asociación el Papa Julio II. En tiempo de León X se formó asimismo otra cofradía del Santísimo Sacramento en la iglesia de San Jácome Scossacavalli, en el Borgo. A la época del Papa Médici pertenecen asimismo dos nuevas hermandades: la Archiconfraternità della Carità, en San Jerónimo, y la hermandad de la Cruz en San Marcelo. La primera, fundada por el cardenal Julio de' Médici, se dedicaba principalmente al socorro de los pobres y enfermos, y León X le encomendó también la solicitud por las muchachas extraviadas que se convertían (1).

Los beneficiosos efectos que producían estas hermandades, y el influjo que ejercieron, principalmente en conservar la religión y las buenas costumbres de los burgueses y artesanos, apenas pueden ponderarse bastantemente. De cuánta importancia pudieran llegar á ser las asociaciones de este género, no sólo para la vida religiosa de la ciudad de Roma, sino para otros círculos mucho más extensos, lo muestra la historia del Oratorio del Divino Amor, cuyos principios incurren en la época de León X (2).

Pero la enumeración que acabamos de hacer, está todavía muy lejos de haber agotado el número de estas pías asociaciones en la Ciudad eterna. Añádense, además, las hermandades nacionales y las de los artesanos. De estas (Confraternità delle Arti) había entonces la de panaderos, cocineros, barberos, boticarios, guarnicioneros, plateros y aurífices, pintores, picapedreros, labradores, hortelanos, vendedores de frutas, quesos y embutidos (pizzicarioli) (3). Junto á las más de las iglesias y capillas de las hermandades mencionadas se hallaba un particular hospital. Para el adorno de las capillas de las cofradías no se ahorra gasto alguno; casi todas sus iglesias se señalaban por su belleza y rico ornato, en el

(1) Moroni II, 300 s. Piazza 429 s., 391 s., 462 s., 549 s., 546 s.

(2) Este punto será tratado con más extensión en el tomo IV de la presente obra al exponer la restauración de la iglesia.

(3) Piazza 605 s.

cual se hacían las más de las veces alusiones muy ingeniosas, al oficio á que pertenecían sus miembros. Así los festones de Santa María del Orto en Roma, aludían á los vendedores de frutas; el plan para aquella iglesia había sido trazado por Julio Romano. La iglesia de los panaderos, Santa María de Loreto, junto al Foro de Trajano, se construyó en tiempo de Julio II, según un plano de Antonio da Sangallo.

Otra no menos variada serie ofrecen á nuestros ojos las cofradías nacionales, fundadas en parte especialmente para los industriales. Así había en Roma particulares hermandades para los zapateros y panaderos alemanes. Una cofradía alemana general tenía asiento junto al hospicio nacional de los alemanes, Santa María dell' Anima; y por semejante manera, tenían también los franceses, portugueses, esclavones, españoles, sieneses, lombardos y florentinos, sus hermandades, las cuales estaban en íntima relación con el hospicio de la nación correspondiente (1).

Fueron de grande importancia las cofradías, para el desarrollo de la *poesía popular religiosa* y de los espectáculos sagrados, y uno y otro alcanzaron en el siglo xv gran florecimiento.

En los cantares religiosos populares continuaban resonando los entusiastas y celestes acentos que habían iniciado San Francisco y Fra Jacopone da Todi. La devota poesía lírica no sólo halló en las hermandades el más fervoroso cultivo, sino que propiamente nació de ellas. Principalmente en Toscana era costumbre desde antiguos tiempos, que los miembros de las hermandades, después de terminar el trabajo cotidiano, se reunieran á la hora del Ave María en sus capillas, ó bien delante de las imágenes de la Virgen puestas en los ángulos de las calles, para rezar y cantar especiales himnos de alabanza ó *laudes*. En Florencia, ya á fines del siglo xiii, se había formado una compañía de estos cantores de laudes (laudesi); y con el tiempo la imitaron otras muchas hermandades; las compañías de Or San Michele, Santa María Novella, S. Croce, del Carmine y Ognissanti. En los estatutos se prescribía expresamente el canto de laudes. El pueblo cantaba según que le salía del corazón, y no hallaba extrañeza ni escándalo, en que se aplicaran los motivos de los cantares profanos

(1) Cf. nuestras indicaciones en el tomo I Zeitschr. d. hist.-Ver. f. Bamberg XXXVII (1875), 73 s. Piazza 296 s., 298 s., y de Waal, Der Campo Santo der Deutschen zu Rom. Freiburg i. Br. 1896.



á los sagrados **textos**. Los poetas de aquellas laudes pertenecían frecuentemente á las más altas é instruídas clases de la sociedad, y así hallamos **entre** ellos al cardenal Dominici, el sabio Lorenzo Giustiniani (m. 1456), Antonio Bolognini, obispo de Foligno (m. 1461), á Castellano Castellani (profesor de Pisa entre 1489 y 1518), Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo de' Médici, y por fin este mismo (1).

Muchos de **estos** extraordinariamente numerosos cánticos, que se cantaban, no sólo en las devociones domésticas y públicas, sino también en las **procesiones** y peregrinaciones, contienen un rico tesoro de verdadera **poesía** y genuina religiosidad. A pesar de la cansada **monotonía** de sus motivos, agradan por la maravillosa plenitud y **variedad** de la expresión, así como por la delicada sencillez de los **sentimientos**. Esto se puede decir principalmente de las laudes del más **egregio** de todos aquellos religiosos poetas, el ya mencionado (2) Feo Belcari, el cual no se cansó de encomiar el inagotable tema **del** amor divino. Ya en 1455 se publicó una colección de sus **poesías** para la Compagnia de' Battutti di San Zanobi, de Florencia. Cuando el poeta cristiano Belcari murió en 1484, cantó su discípulo Jerónimo Benivieni:

Perdió su luz el mundo tenebroso,  
la **luz** que me guiaba en este suelo,  
cual estrella polar en mar undoso;  
su **lengua** celestial es mudo hielo,  
su **plectro**, mudo acá, dulce armonía  
derrama por los ámbitos del cielo (3).

La **poesía** de laudes, aun cuando fué en su origen puramente lírica, adquirió **pronto**, con inmediata relación al culto por extremo dramático de la Iglesia (4), un carácter dramático más

(1) Además de Gaspary II, 194 s. 663, cf. también Reumont, Lorenzo P, 429 s., II<sup>o</sup>, 22 s. Stern I, 145 s. Vischer, Signorelli 134 s. Creizenach I, 305 s. Rossi 195 s., 246 s., 424. D'Ancona P, 112 s. y Mancini, Cortona nel medio evo (Firenze 1897) 106 ss. La colección más completa de las Laudes la ha editado Galletti: Laude spirituali di Feo Belcari, Lorenzo de' Medici, di Francesco d'Albizzi etc. Firenze 1863.

(2) V. arriba p. 59 s.

(3) Reumont, loc. cit. P, 431-433. Versión del P. J. M. Solá S. J.

(4) Este punto por lo general se ha hecho resaltar muy poco, y creo que es de grandísima importancia. Cf. las excelentes observaciones de Guido Görres

marcado de día en día. Los cantares religiosos dialogados se convirtieron en verdaderos dramas que se representaban y á que se daba el nombre de *devozione*; y no es pura casualidad que los espectáculos religiosos de los italianos nacieran en Umbría, en el sud de Toscana y al norte de los Estados de la Iglesia. Allí, en el callado valle de Rieti, abierto entre rocas, San Francisco había construído, para los pastores circunvecinos, el primer Nacimiento, y allí sobrevivía, en aquellas poblaciones hondamente religiosas, el espíritu de infantil devoción propio de aquel Santo; y tampoco es casual que precisamente las cofradías fueran las primeras que cultivaran fervorosamente los espectáculos religiosos, pues sus mismas procesiones con los cirios encendidos y estandar-tes agitados por el aire, constituían ya de suyo un religioso espectáculo. Muy pronto alcanzó el nuevo género grande extensión, como lo muestra una lamentación dramatizada de la Virgen, en el dialecto de los Abruzzos (1). En ella, como en las devociones del Jueves y Viernes Santo (2), compuestas verosíblemente en Umbría, se puede ya reconocer un notable progreso. Ambas piezas pertenecen seguramente al siglo XIV, y por ventura á la primera mitad del mismo, y se hallan en relación íntima con el culto divino. Representábanse en la iglesia y debían ilustrar para el pueblo las palabras que pronunciaba el sacerdote en el altar y desde el púlpito.

La *devozione* del Jueves Santo está llena de pasajes de conmovedora belleza. Enternece el modo cómo María conjura á su Hijo para que no regrese á Jerusalén, donde le amenaza la muerte. El Salvador ha comunicado su designio solamente á María Magdalena, para evitar la aflicción de su Madre: pero ésta lee en las facciones de Cristo lo que va á suceder. Le pregunta por qué está tan turbado; á ella las venas le estallan de dolor, y queda sin aliento de pura angustia:

¡Oh! dime, Hijo mío, dime,  
¿por qué se turba tu faz?

sobre el carácter dramático del culto católico en su artículo sobre el teatro en la Edad Media, publicado en la Hist.-pol. Bl. VI, 10-11.

(1) D'Ancona P, 116 s., 163 s.

(2) Publicadas primeramente por Palermo, 1 manoscritti palatini di Firenze II, 279 ss., después por D'Ancona en la Riv. di Filol. Romanza II, 1 s. Cf. Ebert en el Jahrb. für roman. Literatur V, 51 ss. Klein IV, 156 s. y D'Ancona P, 184 ss.



¿por qué encubres á una madre,  
y á tal madre ese tu afán?  
Mi corazón se quebranta,  
de quebranto va á estallar,  
y al golpe de ese dolor  
sin duda sucumbirá.  
¡Dime, pues, oh dueño mío;  
no calle tu lengua más!  
por el amor que nos junta,  
¿por qué se turba tu faz? (1)

Entonces le comunica Cristo, que va á la muerte para la redención del mundo. María cae en tierra desmayada; al volver en sí, exclama: No me llames ya en adelante María, después que te he perdido, Hijo mío. La Virgen quiere acompañar al Salvador: éste se lo permite, y á las puertas de Jerusalén bendice la madre á su hijo y cae sin fuerzas desvanecida. Cuando vuelve en sí, Cristo ha desaparecido, y ella exclama llena de dolor:

¡Oh, hijo mío, hijo mío,  
fuente de increado amor!  
¿Dónde estás, pues no te veo,  
hijo de mi corazón?  
¿Por qué puerta iré á buscarte,  
oh de gracia claro sol?  
¿Por qué, paraíso mío,  
no compartes tu aflicción  
conmigo, pues soy tu madre,  
tu madre sabes que soy?  
Decidme, hijas de Salem,  
lo pido en nombre de Dios,  
¿Dónde está Jesús mi Hijo?  
¿Dónde está mi dulce Amor? (2)

A esto sigue la escena del Olivete y del prendimiento de Cristo.

La *devozione* del Viernes Santo comienza cuando el predicador ha llegado al lugar en que Pilatos manda azotar á Cristo, y es una completa representación de la pasión del Señor. Extraordinariamente llenas de poesía están las lamentaciones de la Virgen, que se intercalan. Después de la oración de Cristo por sus enemigos dice ella á la cruz, siguiendo la liturgia del día: «Incli-

(1) Versión del P. Solá S. J.

(2) Versión del P. Solá S. J.

na tus ramas, para que mi Criador halle descanso.» De una manera por extremo dramática se describe el entierro del Salvador. La Virgen da su consentimiento para él, pero sólo pide tener todavía otra vez en sus brazos á su Amado. A la cabeza de Cristo está San Juan, la Magdalena á sus pies, y en medio la Santísima Virgen, la cual besa los miembros de Cristo por su orden: los ojos, las mejillas, la boca, el costado, los pies, mientras dirige conmovedoras palabras á sí misma y á los que la rodean. Al final se vuelve todavía de nuevo la Virgen al pueblo, á quien muestra los clavos, mientras Magdalena exhorta á todos á perdonar á sus enemigos, como lo ha hecho Cristo.

Desde mediados del siglo xv aparece el drama religioso, llamado entonces *rappresentazione sacra*, primero en Florencia en formas diversas y más desarrolladas, pero siempre vinculado en las hermandades; y ya entonces eran verdaderas representaciones de misterios, del todo comparables con los dramas religiosos que se hallan en otros países en aquella época (1). Las representaciones no se hacían ya en las iglesias, sino al aire libre; la acción era más complicada, la disposición de la escena más rica, y en lugar de simples cantores de laudes, hallamos verdaderos poetas, como Lorenzo de' Médici y Belcari. De este último se han conservado numerosas comedias de misterios; entre otras: Abraham é Isaac (representada en 1449), la Anunciación de Nuestra Señora, San Juan Bautista en el desierto, el Juicio Final, etc. De muchas piezas nos son desconocidos los autores; el argumento está tomado unas veces de la Sagrada Escritura, y otras de las leyendas de los Santos, y la representación se hace lo más realista posible, encaminando todas las cosas á la emoción religiosa del espectador. Las representaciones sagradas agradaron particularmente en toda Italia, durante el siglo xv, no sólo al pueblo sino también á los príncipes; pero en ninguna parte alcanzaron mayor desarrollo que en Florencia, que era entonces el puesto avanzado de la vida artística de Italia; y no es casual que los autores de misterios cuyos nombres se conocen, sean todos florentinos: Bel-

(1) Cf. D'Ancona P, 217 ss. y además Stiefel en la *Zeitschr. für romanische Philologie* de Gröber, XVII (1893, 573 ss., 582 ss.) Colomb de Batines publicó una excelente Bibliografía delle antiche Rapp. italiane ne' secoli XIV, XV e XVI (Firenze 1852). En Florencia se publicó en 1872 una obra de 3 tomos, intitulada *Sacre rappresen. de' secoli XIV, XV e XVI* con notables introducciones de D'Ancona. Cf. Rossi, *Quattrocento* 200 s., 424 s.



cari, Lorenzo de Médici, Bernardo y Antonio Pulci, Pierozzo Castellano y Juliano Dati. Artistas eminentes como Brunellesco, condujeron la disposición de la escena á un alto grado de perfección; y así, se habla de artificios de tramoya, cuya descripción nos maravilla; había máquinas para volar, en las que los Santos transfigurados subían al cielo; artificios por medio de los cuales los enviados de Dios se cernían sobre la tierra, y no faltaban sorprendentes efectos de luz. Los primeros artistas de la época del Renacimiento, anduvieron á porfía en la representación de los coros de ángeles que rodean el trono de la Divinidad (1).

Los dramas sagrados, nacidos del culto divino, y de la espontánea vida popular, conservaron substancialmente todo el siglo xv, á pesar de mezclarse en ellos elementos mundanos, un carácter enteramente religioso.

Los elementos cómicos y mundanos, se reducían siempre á un accidente destinado á dar variedad, y muchas veces á ofrecer un oportuno contraste; pero en todas las piezas se descubre, como fin principal, la elevación moral y religiosa. Se explican en ellas las doctrinas de la fe, hasta el misterio de la Santísima Trinidad; se declaran los diez Mandamientos; recomiéndanse las virtudes domésticas y se rebaten las opiniones de los judíos y gentiles. Conforme á esto se hacían las representaciones casi exclusivamente en las grandes fiestas eclesiásticas; en los días de júbilo, para levantar y purificar las alegrías del pueblo; y en los días de tristeza y lamentación, para llevar los ánimos á las cosas celestiales, señalando al cielo por medio de las santas imágenes de la Pasión y glorificación de Cristo y de su Iglesia.

Si queremos conocer en su fondo más íntimo la formación del pueblo italiano en aquella época, conviene interrogar estas comedias sagradas. Los sentimientos creyentes y devotos se manifiestan allí con una energía, con una solemne sencillez y majestad, que produce la más profunda impresión aun en los ánimos de los incrédulos (2).

(1) Acerca de lo dicho en el texto, cf. la grande obra de D'Ancona P, 245 ss., 277 s., 367 s., 401 s., 435 ss., 474 s., 505 ss., y Flechsig, *Dekoration der modernen Bühne* 5, quien dice: «Casi podríamos afirmar, que nuestro tiempo con sus grandiosos progresos técnicos, no sería capaz de hacer lo que hizo el Renacimiento en este terreno.»

(2) Sobre la representación del bautismo en las piezas S. Quirico e Julitta y S. Barbara, dice D'Ancona P, 658: Una scena simile a questa crediamo che

El florecimiento de la lírica y dramática sagradas en el siglo xv es otro nuevo é irrefutable argumento de haberse conservado los sentimientos cristianos en la época del Renacimiento; y este florecimiento se extiende hasta los primeros decenios del siglo xvi. Así, todavía en el año 1517, se formó en Pistoia, bajo la influencia de los Dominicos, una asociación de jovencitos con el nombre de Compagnia della Purità, para el ejercicio de obras de misericordia y devoción, la cual celebró procesiones simbólicas, y juntamente ofreció representaciones sagradas. Una comedia de la Virgen ejecutada por aquella sociedad, puso toda la ciudad en conmoción, haciendo derramar lágrimas hasta á los más duros (1).

Todavía era más conmovedora la representación de la Pasión en Roma, la cual, en su perfecta forma literaria, pertenece á fines del siglo xv, pero indudablemente es de más antiguo origen (2). También en Roma nació el drama sagrado de una hermandad, la ya mencionada Archiconfraternità del Gonfalone (3), la cual poseía una capilla en el Coliseo, que fué restaurada en el año 1517. El pueblo cristiano había rodeado con una corona de capillas aquella ruina, la más gigantesca de todas las de Roma, y en medio del anfiteatro había erigido la Cruz, para atestiguar el triunfo del Cristianismo sobre la gentilidad, en aquellos lugares santificados por la sangre de los mártires. Como todo el tiempo que Roma perteneció á los papas, se veía todos los viernes y domingos, al caer de la tarde, dirigirse hacia el Coliseo una procesión; así también desde antigua fecha se encaminaban allá los hermanos de la cofradía del Gonfalone, para rezar y disciplinarse en torno de la cruz erigida en la arena. Inocencio VIII concedió á la Cofradía en 1490, permiso para representar dramas

anche al di d'oggi nella sua nuda maestà, nella sua semplicità solenne, scuoterebbe profondamente il publico scettico de' nostri teatri.

(1) Cf. P. Vigo, *Una compagnia di Giovinetti Pistoiesi a principio del secolo XVI*. Bologna 1887, y Arch. st. Ital. 4 serie XX, 240 s.

(2) Cf. Gregorovio, *Kleine Schriften III* (Leipzig 1892). 177 ss. Amati, *La passione di Cristo in rima volgare secondo che recita e rappresenta di parola a parola la compagnia del Gonfalone di Roma etc.* Roma 1866 (edición de sólo 200 ejemplares). Adinolfi, *Roma I*, 380 ss. Klein IV, 155. Reumont II, 999 ss. 1212. Creizenach I, 335 s. De Bartholomaeis en *Studi di fil. roman.* VI, 183 s., y D'Ancona P, 115 s., 171 s., 353 ss. Estas obras no hacen mención de la pintura al fresco de la portada occidental del anfiteatro, en que se ve un episodio de la representación de la Pasión, y de que habla Molitor 61.

(3) V. arriba p. 102.